

ORACIÓN

Señor y Hermano nuestro Jesús, Tú estás con tu Padre y estás con nosotros cada vez que “nos reunimos en tu nombre”, concédenos:

- vivir siempre de las Palabras que dirigiste a los tuyos en la última cena,
- y permanecer siempre pidiendo y esperando tu Espíritu que nos haga amarte a ti, amar a tu Padre, y cumplir tu mandamiento de amar a nuestros hermanos los seres humanos.

TEXTO

MARCOS 8,34-9,1

«³⁴Y, convocando a **la muchedumbre** con **sus discípulos**, les dijo: “Si alguien quiere seguir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.”

³⁵Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por **mi** causa y por el evangelio la salvará.

³⁶Porque ¿de qué le sirve a un hombre ganar todo el mundo y arruinar su vida?

³⁷Porque ¿qué daría un hombre a cambio de su vida?

³⁸Porque el que se avergüence de **mí** y de **mis** palabras en esta generación adúltera y pecadora, **el Hijo del Hombre** se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles”.

⁹Y les decía: “En verdad os digo que hay algunos aquí presentes que no probarán la muerte hasta que vean venir el reino de Dios en poder”».

COMENTARIO

- Tras haber profetizado su propia pasión, muerte y resurrección (8,31-32), Jesús proclama ahora un destino similar para sus seguidores fieles. Nuestro pasaje está dispuesto por parejas; parte de una exhortación doble a seguir a Jesús hasta la muerte (8,34-35) para llegar a un dicho doble sobre la importancia suprema de conservar la propia «vida» (8,36-37) y a una doble predicción escatológica (8,38-9,1). Gramaticalmente, los versículos centrales, 8,35-38, que consisten en cuatro frases con *gar* («porque»), quedan resaltados por los finales de 8,34 y 9,1, que muestran una fórmula introductoria distintiva («y les dijo-y les decía»).
- 8,34-35: Exhortación al seguimiento. Tras su durísima denuncia de la ceguera demoníaca de Pedro ante la necesidad de su sufrimiento mesiánico (8,33), Jesús emplaza a la muchedumbre y a sus discípulos para instruirlos más en esta necesidad (8,34a). El empleo del verbo «convocando» atenúa la severidad del reproche anterior y mantiene la perspectiva futura de un discipulado renovado ya que rememora relaciones entre Jesús y los Doce más felices: su llamada inicial como grupo (3,13), su envío en el primer viaje misionero (6,7) y su orden para que provean las necesidades de la muchedumbre en el desierto (8,1), acontecimientos todos que implican la participación de sus discípulos en su tarea. Pero Jesús no solo llama a sus discípulos en 8,34, sino que convoca también a la muchedumbre para que participe en esa marcha. Lo que el Maestro tiene que decir en este momento tiene la máxima importancia posible para cada ser humano sobre la tierra, por lo que no permite que sea una enseñanza privada, solo para los oídos de los Doce. De acuerdo con ello, las primeras palabras de la enseñanza son:

«Si alguien quiere seguir detrás de mí...». Así pues, la llamada de Jesús a seguirlo en el áspero camino del discipulado no es «un consejo de perfección», dirigido a una élite espiritual, sino el consejo de que, *para todos*, la vida solo se encuentra caminando por el sendero de la muerte.

La enseñanza de Jesús comienza con una exhortación a tomar cada uno su cruz y seguir su estela, «si alguien quiere» hacerlo así (8,34b). No se da por supuesto que todos querrán seguir a Jesús; en verdad, los corazones de muchos están en contra suya (cf. 3,5; 4,10-12; 8,17). Y si alguien se encuentra realmente movido a seguirlo, es un signo de que ha recibido una gracia especial, una gracia que otorga la vida, no concedida a la mayoría. La pregunta es si alguien tendrá la voluntad, el valor y la resistencia para «seguir detrás» de Jesús (8,34b). Esta locución redundante expresa un doble sentido típicamente marciano, ya que evoca tanto la imagen de un discípulo que camina tras su maestro a una distancia respetuosa como la de un soldado que sigue a su general en la batalla. El *matiz de docencia* acompaña a los términos pedagógicos en el contexto («enseñar» en 8,31; «discípulos» = «aprendices» en 8,34); el *matiz militar* va con el hecho de que el tema desde 8,29 ha sido el mesianismo de Jesús y que una de las imágenes predominantes del mesías en el judaísmo contemporáneo era el de un caudillo militar.

Y en concreto, a los que desean seguir a Jesús mesías en la batalla escatológica se les advierte con toda claridad de que tal camino requerirá la renuncia a uno mismo y tomar su propia cruz (8,34c). Marcos ha conformado este relato de la negación *a la luz de los interrogatorios a los cristianos posteriores*, cuando se veían presionados por los funcionarios gubernamentales para negar a Jesús y salvar así sus vidas. Esta misma situación de persecución judicial se tiene en cuenta también un poco después, en nuestro propio pasaje (cf. 8,38). Así pues, la alternativa es *renunciar a Jesús o negarse a sí mismo*; renunciar a sí mismo no se contrapone al amor propio sino a la negación de Jesús.

La segunda parte de la exhortación en 8,34, que emplea la imagen de que cada uno cargue con su cruz, expresa exactamente cuán lejos debe llegar esta renuncia. La referencia apunta a uno de los aspectos más crueles y vergonzantes del deshonesto castigo de la crucifixión: forzar al condenado a llevar parte de su propio instrumento de muerte, la viga transversal, el *patibulum*, que podría designarse por sí misma «cruz», al lugar de la ejecución. La exigencia de llevar la cruz era para el prisionero una humillación añadida que le forzaba a contribuir activamente a su propio castigo, ofreciendo así a sus verdugos una oportunidad más para insultarlo. «Tome su cruz» es, pues, una exhortación para entregar la vida con la misma y terrible seriedad que el preso condenado y maltratado en su camino a la ejecución.

Pero ¿por qué razón debe uno aceptar la terrible carga de la cruz? ¿Por qué motivo se debe *querer* seguir a Jesús cuando el discipulado significa ingresar en una muerte en vida? Jesús añade a la exhortación en 8,34 cuatro frases con «porque» (8,35-38), que intentan justificarlo. El tema de las tres primeras frases (8,35-37) es *la vida*: a la inquietante y antinatural exhortación en 8,34 a abrazar la muerte, Jesús contrapone el dicho, acentuado por la repetición, de que quienes sufren la muerte «por mí y la buena nueva» encontrarán, paradójicamente, la vida (8,35).

Este dicho contiene un mensaje paradójico en extremo: ¡Si deseas salvar tu vida, piérdela! Nuestro pasaje está animado por la *convicción apocalíptica* de que ante la *inversión inminente* de las condiciones terrenales por parte de Dios, todos los bienes mundanos, incluida la propia vida, son prescindibles.

La comprensión de Marcos de este auto-sacrificio se ilumina por la comparación con 10,29-30, que es otro pasaje que habla de renuncia «por mí y la buena nueva». En este pasaje, los sacrificios primarios que se contemplan son la separación de la familia y de las propiedades, cosas que ocupan el centro de la existencia diaria y, por tanto, «de la vida» de todos. Pero hay también una referencia a una existencia «con persecuciones», que en algunos casos incluye presumiblemente la persecución hasta la muerte, situación que al parecer tuvo que afrontar la comunidad marciana (cf. 13,9-13). Por tanto, el significado de «perder la propia vida» en 8,35a probablemente es *tanto literal como metafórico*, e igual ocurre con «salvar la vida» en 8,35b.

- 8,36-37. Nada es más precioso que la vida (escatológica). La doble sentencia que viene a continuación subraya la importancia de esta victoria a través de la renuncia. La respuesta implícita a la pregunta de por qué habría que «querer» seguir a Jesús sigue con la afirmación de que nada hay más valioso que «la vida» ofrecida por el discipulado. Aquí la atención se dirige intensamente a la persona. El sujeto no se define ya vagamente como «alguien» o «alguno», como en 8,34-35 y de nuevo en 8,38; ahora, por el contrario, se trata de un «ser humano», el lector que ha de afrontar una elección dramática entre la muerte y la vida: el «mundo» y su alma. Y el sentido intenso de *participación personal* se incrementa por el empleo de la pregunta retórica. En 8,36-37 la idea básica es el lugar común expresado por la frase «Nadie puede llevarse nada consigo» cuando muera. Nada es más precioso que la vida, de modo que nadie debería poner en peligro su existencia por bagatelas; qué habría de bueno en la mayor posesión si no hay poseedor alguno que disfrute de ella?

Pero en nuestro pasaje esta noción del interés propio se profundiza y apocaliptiza. El énfasis no se sitúa ahora simplemente en la vida física, sino en *la vida verdadera del yo*. La *psyche*, la «vida» o el «yo», es la «única cosa necesaria» (cf. Lc 10,42), el requisito previo para disfrutar de todo lo demás; si se pierde el sujeto indispensable, no hay posibilidad de disfrute. La pérdida de la *psyche* a la que se refiere el texto no es la muerte física cuando concluye el plazo útil de vida asignado a cada uno, sino también el juicio *post-mortem* al final de este mundo, que se aproxima rápidamente.

- 8,38-9,1. Pronóstico de la victoria definitiva de Dios, Jesús y sus seguidores. Este horizonte escatológico se torna explícito en el último dístico del pasaje que bosqueja la victoria final de Dios y de Jesús.

El primer versículo del dístico, Mc 8,38, retoma el pensamiento de la pérdida en 8,36-37 y lo desarrolla en un bosquejo del juicio futuro enfocando el lado negativo del acontecimiento: la «vergüenza» escatológica de aquellos cuyas normas han sido dictadas por «esta generación adúltera y pecadora» y, por tanto, de quienes se han «avergonzado» de Jesús. Hay amarga ironía en esta descripción de los que sintieron vergüenza no precisamente de su complicidad con una «generación» pecadora, sino de Jesús y sus palabras que dan la vida. Al dibujar su futuro desconcierto, nuestro versículo sigue ofreciendo una respuesta a la pregunta implícita de por qué habría que «querer» seguir a Jesús (cf. 8,34) y refuta la falsa impresión de que quienes obran así sufrirán pérdida. Lo contrario resulta ser verdadero: los que han rechazado seguir a Jesús, quienes se han avergonzado de él y de sus palabras, serán los castigados en el futuro.

Estas «sentencias» apocalípticas utilizan la ley del talión, la regla veterotestamentaria del «ojo por ojo; diente por diente» (Ex 21,24), de tal modo que la frase condicional que lleva el «si» o su equivalente se refiere a la acción humana *en el presente*, mientras que la apódosis (o sea, la frase que presenta el resultado) se refiere a *una acción divina como castigo o recompensa en el futuro* escatológico. La versión marcana del dicho presenta solo el lado negativo de este esquema, no mencionando en absoluto -como sí lo hace Q- el reconocimiento escatológico por parte de Jesús de los que tuvieron fe en él en la perversa edad presente.

Pero ¿qué significa «avergonzarse» de Jesús y sus palabras? Como hemos visto ya, los oyentes de Marcos lo interpretarían probablemente como una alusión a las situaciones provocadas por los interrogatorios de ciertos magistrados, en los que se conminaba a los cristianos a maldecir o a negar a Jesús bajo amenaza de ser martirizados. Pero si se considera el contexto amplio -en el que Pedro acaba de escandalizarse por la profecía de Jesús acerca de su futuro rechazo, padecimientos y muerte (8,31-32)- y se tiene en cuenta la repugnancia con la que la antigüedad miraba la «muerte absolutamente vil en la cruz», es probable que 8,38 contenga también una alusión a la tendencia a encubrir, minimizar o avergonzarse de la crucifixión de Jesús. Esta hipótesis queda reforzada gracias a un posible eco del Antiguo Testamento en nuestro texto ya que Is 52-53 no solo alude repetidamente a la vergüenza de los espectadores ante el sufrimiento de la humillación y muerte del Siervo justo del Señor (52,14; 53,3.8), sino que implica también, como nuestro versículo, que este Siervo avergonzado y humillado será

exaltado posteriormente y sumirá en el desconcierto a los que se habían avergonzado de él (52,12-15; 53,10-12).

La segunda mitad de la sentencia en 8,38 dibuja esta inversión escatológica: el decisivo y dramático momento en el que «esta generación adúltera y pecadora» cederá el paso al mundo nuevo de Dios, santo y pleno de gloria. La imagen del Hijo del Hombre que viene con los ángeles en la gloria de su Padre, al parecer como juez, está trufada de asociaciones veterotestamentarias, sobre todo de Dn 7. Pero la «llegada» del Hijo del Hombre en el tiempo final no solo lo mostrará como juez escatológico, sino que establecerá con certeza que él es, y siempre fue, el mesías triunfante de Dios. La llegada del Hijo del Hombre «en la gloria de su Padre con los santos ángeles» en 8,38 es paralela a la venida del reinado de Dios en poder en 9,1.

¿Cuándo ocurrirá esta consumación escatológica? Una cosa es que se pida hacer el sacrificio supremo para ganar la batalla suprema y otra completamente distinta que se exija hacerlo una vez tras otra sin un final a la vista. Pero no es este el caso: la sentencia que concluye nuestra sección está puesta ahí para asegurar a la comunidad de Marcos que no es así; la llamada de Jesús al sacrificio se salva de convertirse en una invitación al masoquismo porque *va unida a la seguridad de que los sacrificios exigidos son parte de una acción divina* que se encuentra ya operando en secreto para transformar el mundo («el reinado de Dios») y pronto se hará visible públicamente por todas partes («en poder»). El establecimiento del «reino de Dios en poder» tendrá lugar dentro del lapso de vida de algunos seguidores de Jesús de los primeros tiempos: antes de que todos ellos mueran, él volverá en gloria (cf. Jn 21,22). Para los lectores marcanos, que viven más o menos una generación después de la vida pública de Jesús, estas palabras señalarían con maravillosa precisión su propio tiempo como la era en la que «esta generación adúltera y pecadora» habría de ceder el paso al nuevo mundo de Dios.

Entonces, ¿es Mc 9,1 una profecía falsa? En cierto modo sí ya que Marcos, como Jesús antes que él, esperó al parecer que el final habría de venir en unos pocos años. Pero como acabamos de ver, Marcos también, como Jesús antes que él, vio que la época escatológica estaba ya amaneciendo, extremo asegurado cabalmente por el relato de la Transfiguración que sigue inmediatamente después (9,2-8). Entonces, el reino de Dios que viene en poder no es solo un futuro que ha de ser esperado, *sino también una presencia que se experimenta ahora*, y esta combinación de advenimiento en el presente y esperanza para el futuro es más importante que la cuestión del momento exacto del final. Es este un secreto que ningún ser humano, ni siquiera Jesús, puede asegurar que conoce con certeza, como él mismo reconocerá más tarde en el evangelio (cf. 13,32).

Mas, ¿cómo ha de experimentarse la presencia de ese reinado? ¿Dónde hay alguien que parezca sentir que se ha revelado? ¿Y cómo se relaciona esta nueva revelación con la antigua, con la vieja historia de las relaciones de Dios con Israel? Estas preguntas se hallan entre las cuestiones que abordará la narración siguiente, la Transfiguración de Jesús.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza